

ÉRASE UNA VEZ UN BOSQUE...

Érase una vez un bosque... Había una vez un lugar grande y desolado, cerca de ningún sitio y casi olvidado, lleno de todas las cosas que nadie quería.

Justo en el centro había una casa, de ventanas pequeñas, desde donde sólo se veía la basura y el mal tiempo. En la casa vivía un anciano. Cada día, el anciano ordenaba la basura, la seleccionaba y clasificaba, o la quemaba y la enterraba. Y cada noche el anciano soñaba. Soñaba que vivía en una selva llena de animales salvajes, donde había aves de mil colores, árboles tropicales, flores exóticas, tucanes, ranas y tigres. Pero cuando despertaba, todo seguía igual que antes.

Un día, algo llamó la atención del anciano y una idea germinó en su mente. La idea echó raíces y brotó y, alimentada por la basura, no tardó en tener hojas. Le salieron ramas. Y creció y creció. Gracias a los cuidados del anciano, surgió un bosque. Un bosque construido con basura. Un bosque hecho de hojalata. No era el bosque de sus sueños, pero seguía siendo un bosque.

Un buen día, el viento arrastró una pequeña ave a través de la ventosa llanura. El anciano tiró unas migas de pan al suelo y el pájaro se las comió. Luego se posó en las ramas de un árbol de hojalata y empezó a cantar. Pero a la mañana siguiente, el pájaro se había ido.

El anciano paseó todo el día en medio del silencio y se sintió muy triste y solo. Aquella noche, bajo la luz de la luna, pensó y nombró un deseo: ¡Que florezca este jardín! Al día siguiente, unos trinos despertaron al anciano. El pájaro había regresado y, con él, su pareja. Los pájaros dejaron caer semillas que llevaban en sus picos, y enseguida empezaron a brotar flores del suelo. Pronto el canto de las aves se mezcló con el zumbido de los insectos y el susurrar de las hojas. Y con el tiempo, aparecieron pequeños seres, reptando por entre los árboles, y animales salvajes que se abrían paso a través de las verdes sombras.

Había una vez un bosque, cerca de ningún sitio y casi olvidado, lleno de todas las cosas que todo el mundo quería. Y, en su centro, había una casa y un anciano que tenía tucanes, ranas y tigres en su jardín.

Helen Ward y Wayne Anderson
Editorial Timun Mas
Barcelona, 2001

